



José Infante  
*Elegía y no*  
Edición de  
Antonio J. Quesada



*palabrasdelparaíso*

EDICIONES DIGITALES - n.º 4

José Infante

*Elegía y no*

Edición de  
ANTONIO J. QUESADA

*palabrasdelparaíso*

EDICIONES DIGITALES - n.º 4

*Director:*

Juvenal Soto

palabrasdelparaiso@outlook.es

*Consejo editorial:*

Cintia Gutiérrez, Carlos Pranger,

Antonio J. Quesada, Gumersindo Ruiz

y Ángel Valencia

*Secretaria editorial:*

Mariola del Hoyo Vega

© *de esta edición:*

Fundación Málaga

y Fundación El Pimpi

© *de la introducción y edición:*

Antonio J. Quesada

© *del texto poético:*

José Infante

© *Fotografía de portada y contraportada:*

J. S.

ISBN: 978-84-09-50639-2

*Según diseño de:*

José Javier Oliveira

<i>Nota introductoria</i>	5
<i>Elegía y no José Infante</i>	9
<b>I</b>	
<i>Ya nos faltaba fe entonces</i>	10
1. Mira tierna rosa amarilla de esta tarde,	11
2. No es fácil acostumbrarse a la idea	14
3. Es lo mismo,	16
4. Puede resultar sorprendente nacer de nuevo,	18
5. Porque aún salgo a la calle —señal de que estoy vivo—	19
<b>II</b>	
<i>Oh, triste corazón que te arruinas</i>	21
1. Porque volver no siempre significa regreso,	22
2. Nunca la noche puede pasar sin miedo.	23
3. Siempre es vano el recuerdo y la caricia,	25
4. Qué nos queda ya sino morirnos en agosto	26
5. Más que amor lo que el verano trae es	27
<b>III</b>	
<i>Veníamos saturados de luz, el sol nos había</i>	28
1. No es lo mismo morir que mirarse a un espejo,	29
2. Hay corazones que nunca se resuelven.	30
3. Todos soñaban con asesinarme	32
4. Pensar que la primavera está aquí	34
5. También pueden morir las violetas.	35
<b>IV</b>	
<i>Tuvimos que cortarnos las venas, estoicamente morir,</i>	37
1. No es difícil comprobar que el invierno ha vuelto,	38
2. Llega el invierno y se acomoda el hombre a su silencio,	40
3. Lo que ahora quiero es dormir,	42
4. Que aún no estamos muertos	44
5. Ni siquiera la sombra de nosotros	45
<i>Nota biográfica de José Infante</i>	47
<i>Bibliografía poética de José Infante</i>	49
Antonio J. Quesada Sánchez	51

## *Nota introductoria*

Acercarse a la poesía de José Infante es acercarse a la poesía de un artista que, como el buen creador que es, confía más en el trabajo individual del autor que en la existencia de generaciones o grupos poéticos, convencido de que «a uno lo nacen poeta sin remedio». Una poesía que, como el mismo autor ha confesado desde antiguo, pretende «ordenar el caos» y afronta dicha batalla teniendo en cuenta el hilo conductor inevitable de la poesía con la vida (poesía como secreción nacida de la biografía, de alguna manera, y configurada como una especie de destino inevitable para el autor), pero sin perder de vista la condición de arma de la poesía, de estrategia de defensa frente al mundo que permite al propio poeta, mediante esta defensa bella y mágica, saltar al vacío y, en último término, conocerse mejor.

«No hay poesía sin vida interior. Pero tampoco la hay sin oficio», apuntaría Alfonso Canales al comentar el libro que nos ocupa, y ambas están muy presentes en este libro (y en todos los de José Infante). La poesía como necesidad ante la frustración de ciertas experiencias vitales se abre paso en su trayectoria, convirtiéndose al creador en alguien que va más allá del común de los mortales, que también suelen experimentar frustraciones, pero no son canalizadas hacia actividad creativa alguna.

Con *Elegía y no*, el libro que editamos, José Infante obtiene el Premio Adonais en 1971 (premio poético más prestigioso que entonces había en nuestro país). Esta obra tan mediterránea y plagada de luz, cuyo título entronca con Rafael Pérez Estrada (y en la

que encontramos ecos de los poetas de «Cántico», de Aleixandre, Guillén, Cernuda, Manrique, Quevedo, Góngora, Rosales, Dylan Thomas o Scott Fitzgerald, entre otros, así como ese «fragante perfume latino» del que hablara Amador Palacios), nace como una necesidad del poeta de avanzar frente al clima de su primer libro («clima enrarecido», confiesa Infante) y en palabras de Julio Manegat estamos ante un auténtico combate, un combate «entre la luz y la sombra, entre la esperanza y un profundo dolor de la existencia, del tiempo, del amor, de la soledad, de la muerte». Pedro Miguel Lamet ha defendido que asistimos a «una especie de derrame cordial», de derrame vital: «*no* es un libro contenido, *no* es un libro detenidamente elaborado, *no* es poesía tradicional, *no* hay predominio del hombre sobre la palabra, sino viceversa». José Infante se mueve en esta obra joven y madura con «legítima voz», como apunta Ledesma Criado.

La obra se divide en cuatro partes, pero puede ser leída, como ha destacado Ruiz Noguera (gran poeta y agudo conocedor y estudioso de la obra de José Infante), como «un solo y extenso poema que toma como base para la fragmentación el ciclo natural de las estaciones del año», aunque no siga el orden natural de las mismas. Poema con tintes confesionales que presenta un diálogo que, en realidad, como apunta Ruiz Noguera, es un «monólogo», una «reflexión íntima y apasionada» en la que el autor contempla la vida con su peculiar y personal mirada, teñida de desesperanza. Al poeta le preocupa la fugacidad de la vida, «como a Horacio, como a Tibulo» (Florín). Jorge Guillén, con agudeza, definiría la poesía de Infante como «amorosa fatalmente», y de este concreto libro se ha destacado cómo existe en él «una madurez enérgica para el sentimiento poético» (Julio Manegat). Continúa Manegat defendiendo cómo José Infante, su poesía, «es un torrente desbordado, un fluir que casi llega al fluir de un subconsciente surrealista que mana y mana sin cesar, sin que el poeta pueda contener ese

fluir, esa catarata de palabras con sentido, con difícil, fácil, sentido». No es «un libro intelectualista en primera instancia, cuanto una emanación personal y humana de gran sentimiento» (Florín). «En este bello libro de José Infante hay un trozo de vida mutilada que sangra y chorrea algo más que abstractas metafísicas» (Emilio Miró), y el lector está obligado a tomar posición, «porque no es un libro esterilizado», como confiesa su autor. No puede quedar pasivo ante este derroche creativo e íntimo que se le plantea. El propio autor también confiesa que *Elegía y no* es su verdad poética, la bella manifestación creativa de la convicción filosófica de que la vida se nos va.

Tras obtener el Premio Adonais, Infante marchó a Madrid («me vine a Madrid sin más aval que ese premio», confiesa; premio concedido a un libro que Florín no duda en calificar certeramente como «un descubrimiento»), y compaginó su labor más estrictamente creativa con las tareas de periodista en TVE y en otros medios. En todo caso, Infante siempre necesitará la palabra como fin, algo que le ofrece la poesía (y la literatura, en general), frente a la palabra como medio, en ocasiones desgastada y descolorida por el uso, propia del periodismo, su medio de vida. Infante es plenamente consciente de esta dualidad. Además de sus tareas profesionales y creativas (no solamente canalizadas hacia la poesía), tampoco es de desdeñar su faceta como gestor de eventos culturales, como la tertulia del bar «El Corral», en la malagueña calle de Ollerías (otoño de 1970) o su inestimable colaboración en «Los Viernes de Gloria» en El Pimpi (a partir del verano de 1971). Con el tiempo, y tras su vuelta a Málaga, volverá a esas tareas de gestor gracias a sus míticas Tertulias de «Los Lunes del Pimpi», que entroncan con aquellas de los años 70, y en las que Infante vuelve a ejercer como un gran defensor de la Cultura y muy especialmente de la Joven Poesía, tareas que jamás abandonó.

Para llevar a cabo esta edición de la obra que tiene en sus manos, amable lector, hemos consultado las siguientes ediciones de la misma: en primer lugar, la publicada por Rialp en su Colección Adonais (número 289, 1972); en segundo lugar, la versión incluida en *Poesía (1969-1989)*, Málaga. Colección «Ciudad del Paraíso», 4, 1990, en edición a cargo de Francisco Ruiz Noguera, que cuenta con un brillante estudio inicial y, por último, la versión incluida en Colección Monosabio, Ayuntamiento de Málaga, 2005 (Monosabio Poesía, 7), que cuenta con una Nota introductoria del propio José Infante. Nuestra intención, a la hora de contrastar las diversas ediciones de la obra, ha sido tanto corregir posibles erratas que pudieran existir como valorar las diversas modificaciones existentes entre las diversas ediciones. Agradecemos de modo muy personal a José Infante haber colaborado personalmente en esta tarea de revisión final del texto.

Además, las ediciones de Ciudad del Paraíso y de Monosabio ofrecen, junto al texto del libro, interpretaciones muy dignas de tener en cuenta a la hora de leer, disfrutar, entender y encuadrar adecuadamente esta obra clave de la poesía española contemporánea. Junto a ellas hemos repasado también el tratamiento crítico dedicado a la obra y aparecido en la prensa del momento, amablemente proporcionado por José Infante.

Concluimos estas líneas certificando que aquel viejo deseo de Luis Jiménez Martos, cuando confesaba que «espero que los críticos, contagiados del ambiente, en vez de decirle infante, lleguen a llamarle su alteza», se ha hecho realidad. Se hizo realidad hace bastantes años.

Y mucho de todo ello comenzó con *Elegía y no*, la bella obra que hoy tenemos entre manos.

Antonio J. Quesada Sánchez

## *Elegía y no José Infante*

*... nuestra vida,  
ayer al frágil cuerpo amanecida,  
cada instante en el cuerpo sepultada.*

Francisco de Quevedo

# I

## *Ya nos faltaba fe entonces*

y ni siquiera aquellos ojos verdes, empezaba  
a ser duro y triste atravesar las puertas,  
como quien huye de fantasmas inciertos y encuentra  
a sus espaldas quien puede fatalmente alcanzarnos,  
nada podía impedir nuestra muerte, aquella despedida  
de nuestros años jóvenes.

Ya menos joven nuestra voz  
enronquecía y un vello imperceptible empezaba a crecernos  
en las ingles, noches para el insomnio,  
descubrimiento de nuestro propio cuerpo, encendido  
como lirio de sangre, yema azul que este mundo cruel  
se iba cargando la delicada flor de nuestra adolescencia,  
en el mar, orilla para el sexo entonces descubierto,  
ángeles en mis manos con que perder el sueño  
sobre cualquier terraza, al sol siempre esperando  
que amanecer hubiera.

Mira tierna rosa amarilla de esta tarde,  
mira,  
cómo el otoño viene y sin embargo  
ponerse a recordar resulta una medida inútil,  
puede incluso ser una forma de evasión,  
o tal vez algo peor.

Escucha, dime, espera,  
escucha cómo el ogro de la noche  
se aleja cuando la sangre galopa más aprisa por las venas  
y un simple líquido, un líquido más negro  
y más amargo que los demás, un líquido  
insospechadamente viscoso, enervante,  
se va adentrando por los dientes con lentitud de pájaro perdido.

Observa que es de noche. Y sin embargo podrían ser ahora  
las doce de la mañana en el paseo marítimo,  
y yo tendido y tú igualmente  
mirando al mar entre la curva rota de los pies,  
podríamos imaginar siquiera,  
soñar, tal vez sólo pensar en el Caribe.  
Date cuenta que también podrían ser las cinco de la tarde  
y sin embargo no existir una plaza en esta tierra,  
haber muerto de aburrimiento el ganado  
vacuno en todas sus especies, podría incluso  
ser una mañana grata a la delicia, al placer  
de vivir en exultante gozo, o  
acaso el veneno de los lagartos embadurnando el aire,

...

...

hasta el confín que la locura habita  
o habita la sonrisa.

Mira que son solamente las seis de la tarde. Y ahora morir puede resultar un juego teatral de pésimo gusto, emborracharse acaso cabría o tal vez matar a puñaladas a algún policía con casco gris y caballo de plomo.

Tierna rosa de otoño,  
mira cómo viene acercándose, blandiendo corazones amorfos, pechos de adolescentes muertos, de niños suicidas, cómo se llena el aire de espadas y palabras que la tarde pronuncia y que luego el viento difumina y expande, certifica años de soledad, deseos y realidades que otra vez acuden a la mente, cuando, como en esta hora fugitiva, unas cadenas llaman, llaman, llaman con urgencia y misterio a las puertas del miedo.

Y sin embargo el miedo puede ser que en la bahía han atracado barcos con asesinos lívidos y prostitutas internacionales, agentes de la CIA, cubanos emigrados, deportados por Fidel Castro o embajadores negros. Pensar luego que se nubla, que llueve y hace frío. Mira entonces atrás, o mira hacia adelante, contempla cómo acaba de repetirse el tiempo, cómo olvidar no vale a la hora decisiva, cuando los años pesan y el reloj jamás puede pararse, porque morir ahora no significa nada, tampoco trasladarse, ni huir, salir corriendo.

...





...

No cabe duda  
que lo ideal sería inventar alucinaciones,  
caos, multitudes o revolverse en medio de una jaula  
de oro, decir que la belleza ocupa  
un lugar en la mente y ya va siendo incómodo  
ocuparse del hombre, que poco caso hace  
(yo diría que no se da por enterado).  
Sí, no cabe duda que esto sería lo más elegante  
y lo más ordenado; dejarse de palabras demasiado importantes  
y mirar, aunque fuese cogidos a la nostalgia,  
cómo en el horizonte que insiste en ser juanramoniano  
cada tarde,  
hay una línea que dice que el mar puede estar cerca.



...

el único camino que nos lleva a la perfecta desnudez  
de nuestro abismo, no serviría de nada renunciar,  
huir, caminar solitario por un curso de óleos  
o dibujos oscuros, es una cobardía  
deambular en las sombras o meterse en el Metro,  
que nos aleja rápidamente del necesario encuentro.

Es lo mismo que luego si el cuerpo se delata  
y al instante del beso cree  
encontrarse en el momento exacto, en el centro  
del orbe, si comprendemos que es fugaz el placer, la delicia,  
el mismo tiempo huye sin dejarnos señal alguna  
de voz o de mirada, es lo mismo  
lo mismo que el amor,  
cuando empieza o cree despertarse.

Puede resultar sorprendente nacer de nuevo,  
resucitar, abrir los ojos como quien por primera vez  
se sobrecoge al mundo, lo mismo  
puede resultar sorprendente buscar significado  
al amor una tarde de octubre, es  
como si intentásemos un escorzo que lentamente nos electrificase  
o quizás un tibio edificio que nos hace descubrir ciertas zonas  
de nuestro propio cuerpo, de nuestra propia soledad  
que aún desconocíamos.

Realmente puede resultar sorprendente escuchar  
cómo se acercan unos pasos, creer  
que van a detenerse al pisar nuestra huella,  
que vamos a escuchar una voz  
que queremos, que necesitamos que sea distinta a todas  
las voces que a diario suenan en nuestros oídos,  
nosotros esperamos no sé por qué extraña,  
no sé por qué misteriosa voluntad de maravilla,  
encontrar un fatigado cuerpo que busque nuestro bálsamo  
de caricia, acaso nuestra llama o tal vez  
solamente alguna puñalada que haga sangrar su luz  
o su corriente, que diluya en injustificadas emanaciones  
su irremediable pena, su irremediable,  
deshabitada desesperanza.

Sería, no cabe duda, el hecho más sorprendente  
de las computadoras, que su paso  
se acompasara al nuestro y que el ritmo  
de su cuerpo imitara el ritmo de nuestro propio cuerpo  
y en la misma dirección marchásemos luego  
hacia no sé qué luz o sombra o madrugada incierta.

*(Octubre)*

Porque aún salgo a la calle —señal de que estoy vivo—  
 y miro a las muchachas cómo sacan de sus puñales—pechos  
 vida,  
 es cierto que algunas tardes, hoy, escucho, vuelvo a escuchar  
 a Mozart y sigo preguntando al humo del cigarro,  
 la pequeña serenata continúa incansable, sé que aún me bulle  
 la sangre y es posible cambiar nuevamente las lilas de abril  
 en el asfalto.

Miro, digo, espero, veo morir las rosas amarillas.  
 El aire va cortando diecisiete noviembres y la agrietada  
 voz de Dylan vuelve a sonar en tus manos ausentes.  
 Sólo los otoños pasados se hacen ciertos, solamente  
 la rosa del tiempo se muere lentamente al ritmo de mi sangre  
 como muere el cigarrillo silencioso y el humo perdido ya,  
 esparcido en la niebla de octubre.

Comprendo que la tarde  
 es ideal a la pregunta, que están por venir los austros  
 y el siroco no ha de sonar jamás en esta playa, donde insiste  
 el verano. Qué bello nuestro impulso -si nacido del mar-,  
 luego la tierra acaba por perderlo.

Nunca el hombre es  
 igual, tampoco la caricia. Llega la madrugada sin bolsillos, las manos  
 levantadas parecen al infinito y no encuentran nunca encuentran  
 asideros posibles, el humo sigue vacilando  
 respuestas en el aire y en la tierra gime, muerta, la rosa,  
 hoy. Dónde el camino, dónde empieza  
 el día, el verano. La playa fue donde los cuerpos

...

...

se llenaron de vida, nacieron  
huecos, miradas, pozos donde la sangre fue inundando letrinas,  
cuerpos acorazados por los cielos volaron, innumerables  
piedras descubrimos al alba, piedras para horizontes donde  
albergar llamadas, sonidos, nuevos sonidos que tuviesen respuesta.

Estábamos gastados de tic-tacs. Teníamos que inventarnos el  
tiempo, los cables, hilos para llegar otra vez al corazón tocado  
del hombre,

¡oh, qué invasión de realidad palpamos!

## II

### *Oh, triste corazón que te arruinas*

dónde el muro para lamentaciones hacer que puedan  
levantarnos el nostálgico instante que nos cerca,  
estremecido está nuestro pequeño mundo, este *rock* de la cárcel  
inacabable y tierno como un duro agujijón  
que se nos clava.

*Don't be cruel*, corazón, no seas cruel ahora o nunca  
tenemos que hacer que el mundo gire aunque nos caiga la muerte  
sobre el rostro, que damos vueltas sobre el dorado mimbre del tiempo  
y no tenemos los espacios finitos en qué pensar o dónde,  
oh corazón arruinado, poner los ojos sin que la imagen  
del senescente Elvis nos sorprenda,  
el *rock* continuo de nuestra juventud, que nunca viene ya  
la dorada Brigitte a ofrecernos sus labios,  
nunca supiste responder a sus deseos

*voulez vous danser avec moi?*

*o love me tender*, el torno del cristal en el que estábamos  
cayendo, la sinfonola en la que estamos dejándonos los años,  
de la que siempre el ayer nos viene, soledad  
en las manos, oh corazón que te arruinas,  
y la charanga empieza  
otra vez, que nunca se acabará la rueda, debemos convencernos,  
somos minúsculos abismos perdidos

*in the ghetto,*

oh corazón, termina que nunca más entonces

*retournerais un jour.*

Porque volver no siempre significa regreso,  
hay cosas que se pierden para siempre en los ojos,  
playas que no podemos volver a visitar, caminos que se oxidan,  
árboles que se caen, amores que el crepúsculo difumina  
en las manos, olvidos que en la tarde no siempre son las lágrimas,  
puede a veces la arena disminuir los pasos, perderlos en la noche  
que sobre acantilados se agranda, atormenta los huesos,  
acaba por decirnos que morir es perfecto estado para el hombre,  
hombre que no es igual, nunca se repite el impulso si es humano,  
nunca el hombre es igual cuando salta a la vida,

porque a veces volver tiene ruedas extrañas, patina  
sobre un césped de morado carmín, se desliza o acaba encallando  
en la orilla, orilla donde puede esperarnos la muerte, siempre  
acechando el momento que puede ser victorioso sobre sus propios pasos,  
porque es regresar sufrir en la distancia, sufrir que hemos perdido  
no lo que ya nos huyó de los ojos, tampoco lo que sabemos fríamente  
en las manos, regresar se convierte en una simple llamada de las cosas  
olvidadas y el mar tampoco vale que riele sobre nuestro pesado cuerpo,  
o acaso que evapore el sol de nuestro yo en la sangre,

porque volver no siempre significa regreso, nunca el hombre regresa  
a su primer momento, ni son nuevos los ojos que miran hacia el mar.

Nunca la noche puede pasar sin miedo.

Nace, invade  
 todo ámbito donde habite la vida. Peces asesinos invadiendo  
 las playas, peces incontrolables que de escamas llenaron la tierra,  
 los resquicios más íntimos donde habíamos escondido  
 los ojos.

Llegaron a devorarnos. El vals seguía sonando.  
 Voces lentas, melodías envolviendo la atmósfera de miedo, movimiento  
 continuo que el cuerpo nos llevaba.

No pudimos parar, nos empujaban.  
 Nos venían empujando cascabeles azules, látigos,  
 gritos horripilantes, moribundos podridos, la madrugada  
 incierta reanudaba su vuelo  
 incierto, vuelo siempre incierto  
 en el tiempo.

La noche era una boca y una garganta  
 herida, gritos que levantaban horrisonas muchedumbres, perros  
 de incesantes aullidos, gatos de porcelana, luciérnagas, nenúfares  
 dormidos en la lenta agonía del velador oculto.

No siempre  
 en la tibieza de los cuerpos empieza el amor su paso silencioso.  
 Puede a veces el tacto no ser sino una simple llamada del deseo,  
 un afán de mirar más o más adentro de la piel que respira.

Boca  
 a boca, bocas abiertas devorando las manos o el paso,  
 nuestro paso, camino sin salida, aquella madrugada en la incierta  
 penumbra, el acondicionador, los perros del deseo, esparcidos  
 ...

...

los cuerpos, la moqueta de luz, sí, no,  
no, sí,  
la duda reflejada en mis ojos  
o en tu cuerpo. Cuerpos que se entregaban al ritmo. Era verano,  
una invasión de claridad palpita, profundiza, horada nuestros párpados,  
pupilas que ya estaban anegadas de azul, colores que vestían  
la desnudez del llanto, amor que se doblaba, una piedra en la orilla.

Allí los cuerpos éramos pozos sin horadar, caminos, sombras,  
congelados suspiros que la mañana abría, luego el sol  
descompone el gesto y lo termina.

Siempre es vano el recuerdo y la caricia,  
es vana la pregunta, la respuesta, el gemido, el dolor, el gozo.  
Sólo el gesto sucede y es posible por él, el cambio, el giro  
continuo, incansable será nuestra mirada si de gestos hacemos  
nuestra huella. Poco a poco dejamos la vida en los asientos.  
Luego nunca las sombras de nosotros guardan recuerdo, o acaso mirar,  
todo acaba pudriéndose.

Estamos en mitad del camino, que ya dieron  
las 12 y aunque tendidos, nada vemos cambiar al horizonte. Estamos  
con nuestra parte de esperanza torcida por el daño, nos dañaron  
la vista, también nos dañaron suspiros, gemidos donde estaban  
gélidas las sonrisas.

La novedad no es nunca nuestra primera  
lucha. Tenemos que empezar a destruirnos, subir a las estancias  
más altas de la noche, ángeles nos conducen, ángeles ilesos, espíritus  
congelados de licor, de oscuridad, silencios. En el silencio  
de los apartamentos esperan, nos esperan para llevarnos de su mano  
al límite más oscuro donde luces estallan, luces que aniquilan  
la tierra, los montes donde siempre el acero construye  
gigantescas escalas, eslabones, confusión, no metales, no  
hierros retorcidos, vamos a comenzar que aún es llegada  
la hora del amor, a breves puñaladas.

Qué nos queda ya sino morirnos en agosto  
cuando la luz descienda  
y vayamos ardiendo los cuerpos agotados por la llama del mar,  
oh juventud que espera sobre los cuatro puntos cardinales,  
nuestros muslos descenderán también, enervados  
al coro de las vírgenes que cantarán la oda de las profanaciones,  
cuando cítaras lúdicas violentas estallen.

Que nada tenemos que aguardar al calor de una mano,  
esta fatalidad de irnos a morir; la huida si el mar ya no responde,  
oh amor, ya sabes  
que esperé siempre dibujando nombres de arena sobre tu frente arruinada,  
cual esperanza vana que la noche corrompe,  
nada ya que esperar,  
ni siquiera esa ola ayer leve sonido azul, que sumerge,  
que evapora los ópalos de julio  
en mis manos de nácar, oh, septiembre, ceniza ya la sangre.

Con las manos la muerte nos tenemos que dar,  
con este amor que se nos va tragando el horizonte  
y nada, nada, nada hará que vuelva  
helada nuestra mirada joven por los buceadores de la aurora más firme,  
oh mar, en ti se perderá mi vida, alocadamente al ritmo de columnas  
de verde y pronunciada cabellera, esta atroz despedida  
de las olas, qué noche violenta  
para amar sin deseo, para violentamente amar  
amar, amar, como quien se devora de luz al estallar el día.

Más que amor lo que el verano trae es  
quimeras,  
deseos que se confunden en las manos, afanes que la tarde  
acaba diluyendo. El verano comienza en una ola  
que rompe por sorpresa el sonido, luego espuma, sólo  
espuma nos queda en los pies donde vaga la mirada perdida.

El verano es un canto deshecho en las orillas,  
sirenas sorprendidas, náyades, deidades dispuestas  
al sacrificio, surgen de la más íntima dignidad de las aguas,  
sirenas nuevamente suben las escotillas, el saxo se pregunta  
por el trayecto del caza que en el cielo, no lejos, ilumina la playa  
de pólvora y gemido. Luego la sangre viene a invadir los océanos,  
acaba por abrir las playas al vacío y el hombre aquel, caído,  
vencido por el tiempo, otra vez incorpora su fuerza  
a las fuerzas que duermen en la arena. Un hombre cae  
cada vez que el verano avanza por la orilla, un hombre  
vencido a cada instante del odio de los elfos, del odio  
en las esquinas expuesto.

Nace el verano y más que amor lo que llega  
es la vida, otra vez resbalando desde nuestro costado donde heridas  
profundas se han hecho laberintos, donde pueden venablos acudir. Más  
que amor, el verano nos deja renovada la soledad que flota  
como escarcha de fuego, ceniza para siempre  
y desde siempre, en los labios.

### III

#### *Veníamos saturados de luz, el sol nos había*

taladrado los años, nos dejaba completos, ya no tuvimos  
dónde mirar, ni qué, se nos morían las manos muchos antes  
de alcanzarnos, se nos moría aquella alegre risa de las tardes  
de abril al salir del colegio,

veníamos saturados de muerte  
que podía ser también la luz o estar en ella.

No volveré jamás a *Piper's*, allí siempre esperé  
que llegaras cuando los *blues* de agosto se morían en tus ojos,  
ahora también contemplo morir estos *blues* solitarios  
de mi sangre, qué violencia dejar la copa vacía  
como quien nada tiene qué esperar ya ni a quién, y huir,  
luego las puertas siempre se nos abren si se trata de huidas,  
huir por un cerco de lágrimas donde las lilas  
podían representar tanto dolor como duerme en los otros.

Hay que escuchar la voz del que nos sigue, también  
del que no vemos cuyo dolor palpita en la íntima calor de la tierra,  
recuerdo que mi primer poema fue de un amigo, pero ya los poemas  
no sirven, ni siquiera una simple satisfacción a la esperanza,  
que lo mejor sería abrir las compuertas de la ciénaga  
y morirnos debajo de tanta suciedad anegando los cinco puntos  
de la total desgracia, que acabará logrando nuestra definitiva muerte.

Es admirable cómo la luz se vuelve sombra, igual  
la vida acaba trayéndonos la muerte, se vuelve muerte misma  
al cruzarnos el rostro.

No es lo mismo morir que mirarse a un espejo,  
pues aunque el hecho constituya una simple cuestión  
de miradas, hay miradas que impiden todo gesto posible  
y no es lo mismo sentir que se hiela la sangre  
que contemplar la muerte de nuestro cuerpo joven  
o el sinuoso empuje de una música fúnebre  
que empieza a acompañar nuestra lenta existencia  
y no vale recurso que oponer al paso destructor  
de nuestros años, sólo mirar tranquilos cómo muere  
el verano, imitando su languidez cansina que dora los almendros  
y lentamente luego deposita las ramas sobre el cansado octubre.

Las miradas convierten nuestro ser en complejo  
pensamiento, no tenemos salida, acabaremos dejando  
los gemidos convertirse en gaviotas  
y marcharemos continuamente hacia adelante, buscando  
palabras confusas, oraciones, gestos incomprensibles,  
con que poder engañarnos, engañar nuestro paso por la tierra,

es como un lento dejarse convertido en un río,  
ya lo dijo Manrique, luego los ríos nos llevan a la mar,  
el morir,

qué tiempos aquellos nunca mejores que el presente  
en las manos, el presente que nadie sino  
nosotros mismos podemos variar, como pudo Manrique  
variarse la muerte o quizás Garcilaso desviar los venablos.

El tiempo nunca es mejor si por pasado lo tenemos,  
la única verdad es la que en nuestras manos  
podemos hacer que nazca cada día.

Hay corazones que nunca se resuelven.

Y ni siquiera

la primavera puede hacer que el almendro florezca en nuestras manos, que florezca la vida, es tan inútil nacer como morir es lento, absurdo, insostenible. Nunca acaba la vida por tomarnos de frente, nunca distinta nace, resurge la mañana. Y ni siquiera un tulipán abierto, acaso una amapola, la diminuta flor que se entreabre aún cubierta de nieve, nos sostiene al borde de las horas y la faena de los días sigue monótona, fatal su desenlace. Aunque la vida empieza de nuevo cuando grita, no hay luz que dure o en ceniza se torne como el tallo, seco, cae, precipitando el sueño de la adelfa.

Está cerca ya el mar, nace la luz, nació como la espuma rota, como la espuma rota en la orilla nace, nació la luz, como nace la aurora si las sombras han vestido de noche nuestro llanto. Llega la primavera y nada que esencialmente pueda morir es humano. Sólo quien vive y lo que dentro bulle amanece después, cuando ya ha muerto la noche de rocío, cuando los grillos lilas del estío disparan sus antenas y la voz ya no vuelve al principio, árboles consumidos, hojas atenazadas no comprenden silencios en ámbitos confusos, ámbitos donde la languidez del véspero se prepara a la muerte y no vale mirar, contemplar cómo acaba de evaporarse el sol, terminan por robarnos las palabras de amor en la almohada, convierten la noche en un aullido, noche sin luz en resistero.

Ya sabéis que la luz  
es mi gran perseguida, como el mar mi única pasión de amor

...

...

correspondida, cuya extraña mecánica extrañamente hiere las pupilas y en vano abandona mi cuerpo sin caricia, mordido como ahora en la desesperanza de los parques. Hay parques que se llenan de amor mucho más lento, hay miradas. resueltas en abetos, ojos que nunca llegan a encontrarse, esa tierna locura que nos hace buscar que alguien escuche los gemidos este ronco monólogo que pierdo, perdemos cada día en los taxis lejanos que siempre nos conducen pero que nunca nunca me han salvado del miedo.

El miedo es mi sola barrera interpuesta siempre  
interpuesta al salto, nunca podré luchar si la luz no  
me asiste, si la luz ahora me niega sus palabras.  
La primavera nace y nace la sonrisa, la luz, toda la vida  
acaba por dejarnos, que es vana toda fuerza que llega, nos arrastra,  
si luego cuando falla, se derrumba, se despliega este canto  
funeral de las hojas que al nacer ya preludian  
su muerte en los hinojos.

Todos soñaban con asesinarme  
 porque representaba su más ferviente fracaso  
 fracaso fracaso fracaso fracaso,  
 repetir entonces una simple palabra podía significar  
 un reconocimiento de que habíamos llegado a la primera conclusión:  
 leer en nuestro interior continuamente, como en una  
 perforadora automática o como un sincrónico resorte  
 que invariablemente continuaba ascendiendo, ascendiendo,  
 ascendiendo, porque entonces morir empezaba a tener  
 cierto significado, lo mismo podíamos decir  
 de las vanas palabras que ya entonces oíamos  
 como quien alucinadamente escucha llover una mañana  
 que nunca antes se había sentido propicia al aguacero.

Pero en el vértice estaba la canción con aros que someter  
 a la muerte de los tipos aquellos que no se sostenían,  
 mira, amor, lo que no te puedo decir con las palabras,  
 que la noche se pone del color de tus ojos  
 cuando tú no estás, cuando no está tu mano  
 y las palabras huyen como largos escalofríos  
 enardeciendo el fervoroso espíritu de las piedras.

Oh qué oscura es la vida, qué oscuro el horizonte,  
 la encendida pasión de los muchachos que luchan  
 tan ingeniosamente con la voz, con la verdad,  
 con la verdadera profundidad, altura,  
 la playa ha empezado a llenarse de miradas,  
 observa,  
 date cuenta que estamos como muertos de espanto, que no

...

...

tenemos más que palabras para nacer, para hacer que el presente no sea vano ayer, mañana, oh mañana, qué magia exhala esa palabra y cómo suena un arcoíris de azul por todas partes, respirar es la única posibilidad bastante más clara de lo que pensamos, porque el tiempo, nuestro pensamiento como aquellas pocas palabras que se nos van quedando de nuestra angustia, de nuestro yo que necesariamente se nos va en el nosotros, nosotros enloquecidos muchachos echados a la vida, sin más explicaciones que una inmensa patada en las pupilas.

Tenemos que empezar a realizarnos, no olvides que estamos obligados a cantar cada día, para que luego digan que retorna el viento juvenil que vivifica tanto tiempo gastado con las vírgenes, con las victorias carcomidas de sangre. En este tiempo esperado momento que teníamos la ocasión propicia a la esperanza, nacen, renacen las imágenes y el universo espera flotar sobre la muerte, hasta la tierra canta su alegría, su irremediable tibieza en las ventanas,

*notre amour*, amor, *notre amour c'est endormir*, amor por qué no te levantas, por qué no te despiertas, tan largas vacaciones pueden esterilizarte, lanzarte a la nostalgia, qué enfermedad simplísima esta de estar viviendo como un árbol gastándose de tanto ir dejando debajo la semilla, debajo de la tierra.

Pensar que la primavera está aquí  
sin habernos huido la muerte de las manos, sin habernos  
cambiado las palabras de olvido por los ojos. El desamor  
se clava fuertemente, que no hay ritmo igual para los cuerpos.  
Siempre dejamos a medias nuestros besos,  
besos que se nos mueren donde iniciar una firme promesa,  
camino para almohadones de raso que estaban esperando.

Tenemos que reclinar nuestra agonía, tenemos que dejarla  
vencida en la placidez del raso violeta, en la mullida alfombra.  
Oh derrotado nuestro cuerpo, otra vez nuestro cuerpo vencido  
en esa lucha con el tacto, en esta lucha siempre más sangrienta  
por las uñas, que nos clavan el amor en las pupilas.

*Pourquoi pas*, por qué no te levantas?

El verano se marchará venciéndonos los ojos, venciendo  
nuestro impulso, esta inmensa nostalgia de muerte que tenemos,  
nos asalta a cada paso, cuando la calle cierra sus luces  
en esquinas, que nunca ya sabemos dónde conducirán  
nuestro cansado pie.

Pensar entonces en la necesidad de huir  
ya no resulta ni tal vez procedente,  
mirar con amargura cómo no llega la incierta madrugada  
que el nuevo cuerpo anuncie, mirarnos amargamente  
los pies como quien caminara años, años, años por el mismo  
sendero sin sentido, puede ser la señal que esperamos.  
Caminar es morir, luchar con nuestra vida.

También pueden morir las violetas.

No podemos seguir, mirar en la misma dirección, la muerte siempre acecha, aguarda, nos atrapa. No deja que pasemos la vida sin su sombra. Nos tiene convertidos en bloques de cenizas, nos aplasta las manos, nos hunde nuestro impulso, cierra todas las puertas, araña los costados. Ni siquiera un indicio de amor nos deja, nos quema la mirada como de serpentina, gota a gota los ojos nos los deja vacíos, sin embargo a lo lejos alguien canta, alguien siempre canta a lo lejos y el júbilo comienza: cantamos, alzamos la sonrisa, volvemos a empezar y el cuerpo no se niega.

Hay sombras que se aclaran, playas que va inundando la luz, que inundan los deseos. Brotan por todas partes auroras, claridades, se engendra la más tierna aventura del hombre cánticos aferrados al olor de la tierra. El hombre siempre, que vuelve y gira y siempre él mismo girando se inclina jubiloso de seguir la cadena. Los arados se alzan repletos de caricias, la ternura ha triunfado, ha triunfado la aurora.

Pero la fuerza cede, resquebraja sus ímpetus, se agita un maremágnum de sangre, el fuego nuevamente se adueña de la tierra. Inútil el haber amado tanto, inútil el esfuerzo, la caricia, después de tanto tiempo, sólo nos queda miedo, miedo a volver a desangrarnos. Tanta ternura para qué, sólo aullidos tenemos, sólo gestos nos quitaron de nuevo la fe, sólo tenemos el deseo asesinado, la impotencia, sólo muerte bebemos, sólo muerte, después de tanto amor, cómo pudo engendrarse tanto miedo, acaso nos sirvió la certeza, que llega siempre y es inútil

...

...

nacer, morir, tener los ojos llenos de luz, borrachos de existencia.  
Empezar otra vez, siempre se empieza porque la vida es llanto,  
primavera vencida, sonrisa acumulada, camino tras el amor, que es un  
milagro hacer que nos encienda la sangre, el deseo de la vida, esta  
sangre encendida en la voz que no brota a los labios, donde muere  
el impulso que a la muerte siempre nos lleva.

Qué soledad de aullidos, qué soledad  
sin ojos desborda las terrazas donde las sombras  
siguen acumulando silencios, noches, rosas para después,  
amarillas de tiempo, lunas que se reflejan otra vez  
en tus ojos, amor, que siempre en ti, por ti, sólo en ti  
se renace, por ti se hace posible el salto a la

NO vida.

## IV

### *Tuvimos que cortarnos las venas, estoicamente morir,*

dejar pasar la vida, que no iba con nosotros,  
que es inútil insistir, golpear, las puertas  
no se abren más que si violentamente con los  
puños arañamos, arañamos, que no iba con nosotros  
la vida, tal vez la muerte, la soledad  
también, también escalofríos, escalofríos siempre  
cuando amanece y nada nadie puede encontrarnos  
los ojos,

inútil sería, hubiese sido con locura vivir,  
querer emborracharse de existencia, cuánta inutilidad  
amarrada a los párpados, las manos se nos vacían  
si cada noche encuentras como ahora helados  
los recónditos o más ocultos sitios en que el amor  
se mueve, insiste, este estremecimiento  
de los miembros cansados de buscar y buscar inútilmente  
la salida, nunca saldremos si la sangre es primera  
en quitarnos la fuerza de la vida,  
las venas se nos abren si no hay mañana  
donde poner los ojos, norte tal vez, espera solamente,  
ni mirada que encuentre horizonte posible,  
la espera de otra muerte en los brazos  
de ese pájaro bello y definitivo de la noche.

No es difícil comprobar que el invierno ha vuelto,  
 llega, se acerca, precipitando noches, temblores aún más fuertes,  
 es la simple evidencia, la realidad, el frío, el frío que te  
     sacude, te vence, te anonada, te llega incluso a dejar con los ojos  
 temblando,

    es como una amenaza que se perfila íntegra, que irradia,  
 que se yergue, que llega a levantar muros altos de distancia,  
 caminos, largos caminos paralelos en los hombres.

Acabo de empezar a doblegarme.

Me han hecho del corazón una alondra vencida, estamos  
 todos locos, estamos más que muertos, estamos anohecidos  
 de una antigua sonrisa, de un muy largo suspiro.

Las máquinas avanzan, avanzan los aullidos, hay perros  
 solitarios que comienzan su huida, huyamos, nos  
 persiguen, no hay solución, no hay puertas que se abran.  
 Oídme,

    estoy vencido, derrotado, perdido, me voy convirtiendo  
 en estatua de huesos calcinados, de huesos que se inclinan,  
 de huesos que se asustan, de huesos que se humillan, de huesos  
 solitarios, hay vientres que vomitan  
 la angustia esta mañana, hay sonrisas mezquinas,  
 falsas puntuaciones, cielos, falsos significados. Hay  
 ojos que nos miran, ojos que nos acechan, ojos que nos cercan, ojos  
 que se acercan, ojos, ojos, ojos, hay ojos calcinados, ojos  
 llenos de grietas, ojos que no se acaban, ojos que nos  
 abarcan, ojos que nos vigilan, hay ojos, ojos enrojecidos,  
 porque ha llegado el frío, el frío que se arrastra, el frío

...

...

que se acomoda a la piel, a los días, a las horas, frío, frío,  
un frío lento, frío lentísimo que anega hoy la tierra  
desolada, la orilla, desolado el sonido, la espuma rota, rota,  
la vida permanece, señala con un dedo apuntando la dirección que marcan:  
nos quieren dirigir, nos quieren  
conducir a un lugar donde hay silenciadores ocultos,  
caretas, gnomos, colchones rotos, violadas doncellas  
llorando su desgracia, nos quieren encerrar,  
quieren que nos helemos,  
llega el invierno y todo cuando queda de nosotros  
se pierde.

Llega el invierno y se acomoda el hombre a su silencio,  
 el viento es un aullido que nadie escucha porque huye, hay  
 cenizas calladas, humos, polvaredas que llegan a borrarnos  
 la imagen de la dicha, árboles que golpean el día,  
 su transparencia, su cerrada palabra, la música,  
 un dos x tres, la eterna melodía.

Hay que seguir  
 mirando la diáfana aurora porque también existe la luz  
 cuando estalla el invierno. Hay luces arrebatadas, angélicas  
 turquesas, pechos abiertos, constantemente abiertos  
 sobre la más inmóvil claridad de los pájaros,  
 los pájaros no huyen, se van, se alejan, se pierden  
 tras la cándida estirpe de las nubes.

Yo ya no necesito  
 pájaros en mi frente. Tengo los labios fríos. Tengo las manos  
 asiduamente solas, acostumbradamente yertas, apasionadas. Tengo  
 la frente extraordinariamente lúcida. Tengo los pies  
 cansados. Tengo los párpados caídos, derrotados. Tengo  
 los ojos asiduamente verdes. Tengo 24 años  
 y tiritó de frío igual que un niño  
 chico, *mon ami*, esto aún no está claro,  
 me equivoqué, lo siento. Supongo que alguna vez tenemos  
 que acertar. Que alguna vez habrá 70 escalas para subir muy alto.  
 Hay que subir, encadenar trompetas, abrazos, muchedumbres,  
 habrá que deshacer los nudos que en el agua se originan,  
 en las manos, manos, manos siempre deshabitando el cosmos.

...

...

Yo iba, desde saberlo, amigo,  
camino del Este —todos iremos algún día  
camino del Este—, me han vaciado los fardos,  
me han vaciado las palabras, ya no hay  
significados, ni trompetas, ni trenes que puedan  
conducirnos.

Y el *gaudeamus* sigue incesante, grandioso, acallando  
la lluvia, derrotando el silencio, resquebrajando la angustia más profunda,  
el más profundo pozo, la soledad. Estamos solitarios, terriblemente solos,  
ana maría, escucho tu trompeta, la misma calle oscura nos cobija  
la misma acera informe, el mismo desengaño.  
Era también invierno, 25 —*twenty five*—, 25 voces,  
el héroe que caía otra vez adolescentes puros mancillaron  
la tierra y el aire lo viciaron, lo llenaron de sangre  
setenta toneladas de bombas de N A P A L M,  
de nada había servido que extendiese la mano, de nada que  
alargara mi canción, que destrozara la garganta de Ray  
Charles, los oídos de los representantes de la O N U

un invierno lentísimo acumuló la sangre necesaria  
para que el frío continuara y continúe siempre  
con nuestros huesos

arrastrando.

Lo que ahora quiero es dormir,  
 revolcarme en la arena, pensar sólo en el sueño,  
 este cansancio que es simple de estar vivo,  
 no sé si realmente sería más cansado sentirse muerto,  
 no sentirse las manos evaporando tactos en el aire,  
 no sentirse los ojos con este atroz cansancio que acaba  
 por dejarlos más pequeños

y alucinadamente dormir, dormir, dormir

como si fuera todo lo que puede desear el hombre  
 cuando el verano asoló tanto esfuerzo cansado por las calles,  
 tantas lilas que abril abrió de miedo en tus pupilas, amor,  
 mira que tengo ahora los hombros derretidos y me vuela el cerebro  
 de un cansancio absoluto, de un cansancio de huesos,  
 la derretida lucha de palabras con las hojas del viento  
 o esta tarde, ideal sería quitarte de en medio, amor, aborrecer de ti  
 y dormir, ya sabes mi locura, cuando el invierno llega  
 y te hace ponerte delante de mis sílabas, y me dobla  
 después, este deseo absoluto entre la carne dura y la palabra.

Amor que tengo, te digo que tenía un cansancio capaz  
 de acabarme la vida, ahora lo dejo en la almohada y levanto  
 las manos para no sé qué altura alcanzar con los dedos ya manchados  
 de sangre, mi sangre, toda la sangre que se está derramando, amor,  
 que ya nada me duele, me revela que todo qué mentira, esta  
 lucha de vida en las pestañas, todo igual de engañoso  
 que cuando niños leíamos historias de enanos y serpientes, nos  
 siguen engañando, amor mira que estoy a punto de vaciarme  
 en una lágrima, que no quiero seguir, que no tiene sentido seguir  
 jugando con mentiras y sonreír por fuerza y matarnos a besos, abrazos

...

...

y caricias, amor que necesito la fuerza necesaria para acabar con este camino sin salida posible, que no tengo ya ganas de salir al balcón, mirar a los amigos, decir cosas ingenuas y escribir con las manos abiertas de vacío, no amor, este cansancio que te digo en mis sienes, me vence, me hace ver las absolutas sombras en las que tú y yo y el mundo estamos desde siempre perdidos.

Que aún no estamos muertos

es verdad,

pero también es cierto que la muerte en nosotros continúa  
y que el invierno lleva la muerte de su mano, de su mano  
este frío que atormenta los huesos, que dibuja allá en los  
derrumbaderos de la noche, el espectro más firme, la caída,  
sometidos al fin a su humareda.

Porque es humo la vida,

no hay duda de que la vida es muerte apresurada,  
muerte que espera, llaga viva que yace y que revive cada invierno,  
entre sombras y nieve, que cobija nuestra herida de amor, mucho más viva.  
Que la vida es la guerra y la muerte la vida  
nos acaba. Que nos resbala, mísera, la juventud más vana  
que una caja de arena, que no vale un momento  
el llanto que dejamos caer, nuestra mejilla. Mañanear  
acaso nos salvara, que no tenemos edad. Que nos quitaron este ser  
cansado. Porque la vida cansa, porque cansa el amor y cansa la mejilla  
si no estalla alguna vez el beso, si no estalla.

Nunca ha de estallar la tierra, el hombre en ella anclado, el hombre  
sepultado, derrumbado, alzado, confundido en la tierra.

Que es postrera la confusión con el arroyo aquel que nos decían.  
Nos tienen engañados, atados a la vida, a la muerte atados. Este  
viento que llega y no nos lleva jamás. Que no tenemos,  
que no tiene el hombre lugar para el reposo, mientras vive.  
La muerte eterna en amantes eternos nos convierte.

Ni siquiera la sombra de nosotros  
 somos,  
 maravilla de ayer, hoy mísera humareda. Se nos quedó  
 la infancia en un arroyo. Se nos está quedando la juventud  
 perdida. Nos estamos perdiendo, que no era posible esta imagen  
 que habíamos aprendido. Nada igual se presenta,  
 nada, y sin embargo sigue el tiempo rodando,  
 sigue rodando el tiempo como un cerco sin pasillos, sigue  
 el tiempo muriendo en nuestros brazos.

Es la vida  
 el invierno también, muerte que se desnuda, playa sin visitar,  
 estancia ya vacía. Nos miden la señal de nuestro aliento. Nos  
 miden las palabras. Y tiritita la rosa, muerta ahora  
 en los brazos de ayer hoy cárcel lenta continuada  
 imagen, que no cesa la lluvia, que no cesa la muerte de matarnos.  
 La negra arquitectura, la más sólida orgía que nace de los ángeles  
 perversos, ángeles asesinos que jamás nos detienen, que nunca  
 acaban de modernos la boca, el recuerdo lejano, porque llega  
 siempre la música. Y la música araña, la música despierta, aclara  
 lo que los ojos más ocultos no atienden. Llega el invierno y el  
 amor no discurre, no discurre el sentido de las cosas,

17

noviembres continúan acechando, la serpiente se retuerce  
 víctima de su espejo, víctimas somos de lejana muerte, víctimas  
 de la vida. El desamor no puede hacer que nos logremos  
 y nada nada puede sorprendernos si al cabo el tiempo nuevamente  
 danza en torno a este cristal azul que nos envuelve, este  
 gris que no acaba, el violeta acaso puede ser la salida, camelias,

...

...

glicinas, flores asesinadas por las voces que estallan,  
que apelan a las gotas.

Ha estallado la lluvia, que bien pudiera  
ser tu sangre, nuestra sangre en una inacabable lucha  
con el tiempo que corroe el secreto misterio de estrellas anhelantes.

Observa

que es morir un lejano gemido, empezar a vivir  
sin darnos cuenta, porque ni la ternura puede atravesar  
los ojos ahora que ya nos tiene la nieve de su mano, estamos  
congelados, estamos también tristes de inviernos violentos,  
que el chaparrón acude, acumulando noches, almohadas vacías, movimientos  
estériles, caricias insostenibles, besos que mata la soledad,  
siempre la soledad, invariablemente sumando uno más uno es  
uno x uno y siempre

en nuestra vida.

MIRA tierna rosa amarilla de esta tarde,  
mira.



### *Nota biográfica de* JOSÉ INFANTE

José Infante nació en Málaga en 1946. Poeta, narrador y periodista, José Infante cursó estudios de Derecho, Filosofía y Letras y Ciencias de la Información en las Universidades de Granada y Madrid, además de ser Diplomado por la Real Escuela Superior de Arte Dramático y Danza de Madrid. En 1971 obtuvo el Premio Adonais con el presente libro, «Elegía y no», y en 1972 el Premio Málaga Costa del Sol de Periodismo. A lo largo de su brillante y dilatada carrera ha obtenido otros premios, como el Premio Cáceres. Patrimonio de la Humanidad de Poesía (1997), Laurel Poético Ibn Al Jatib, Almuñécar (1997), V Premio Aljabibe (2005), Premio Andalucía de la Crítica de Poesía (2005), Premio Nacional José Hierro 2005, Premio Ciudad de Córdoba, Ricardo Molina (2008), Escritor malagueño del año (2006), Premio Ciudad de Zaragoza de Poesía 2013 o Premio Ciudad de Cabra 2016.

También ha recibido la Medalla de Oro del Ateneo de Málaga de 2015 y el Premio Torrijos a la Libertad en 2017.

En 1972 marchó a Madrid, desde donde colaboraba con diversos medios de comunicación, y en 1974 comenzó a trabajar en Televisión Española, donde durante treinta y siete años ha llevado a cabo inolvidables tareas en el programa Informe Semanal y en los Servicios Informativos de la casa, entre otros destinos.

Reservamos para su bibliografía el elenco de obras publicadas en Poesía, a las que hay que añadir importantes obras de narrativa, biografía, dietarios e incluso un inolvidable libro de cocina. Ha sido traducido al inglés, francés, italiano y sueco, entre otras lenguas.

Tras volver a su Málaga natal ha seguido desarrollando sus labores creativas y de estudio y divulgación de obras de otros autores, compaginándolas con tareas de gestión cultural (inolvidables tertulias culturales por las que Málaga está en deuda con él) y con su perenne atención hacia la poesía joven malagueña y española, de la que siempre ha estado cerca y a la que ha apoyado de modo intenso y continuo.

Además de ser un autor referente en el panorama poético español es Académico numerario de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo desde abril de 2012.

Para profundizar en sus méritos curriculares, vid. <https://www.realacademiasantelmo.org/ilmo-sr-d-jose-infante-martos/>

## *Bibliografía poética de José Infante*

- (1971). *Uranio 2000 (Poemas del caos)*. Publicaciones de la Librería Anticuaria El Guadalhorce. Colección Almoraduj, núm. XII.
- (1972). *Elegía y no*. Ediciones Rialp. Colección Adonais, núm. 289. Premio Adonais 1971. Posteriormente será recogido en *Poesía (1969-1989)* y en la Colección Monosabio, Ayuntamiento de Málaga, 2005 (Monosabio Poesía, 7).
- (1978). *La nieve de su mano*. Ediciones Caballo Griego para la Poesía, Colección Penteseilea, núm. 3.
- (1985). *El artificio de la eternidad*. Diputación Provincial de Málaga, Colección Puerta del Mar, núm. VII.
- (1990). *La poesía ígnea de José Infante. Antología*. Antorcha de Paja. Colección Trayectoria de Navegantes, núm. 2.
- (1990). *Poesía (1969-1989)*. Málaga. Colección «Ciudad del Paraíso», 4. Edición a cargo de Francisco Ruiz Noguera.
- (1991). *El don de lo invisible* (Ediciones Libertarias, Madrid).
- (1993). *Lo que queda del aire*. Colección Adonais, Ediciones Rialp, Madrid.
- (1998). *La arena rota*. Colección Ciudad de Cáceres, Editorial Algaida, Sevilla.
- (2003). *La arena rota y otros poemas*. Colección Devenir, Madrid.
- (2004). *La casa vacía*. Editorial Tabla rasa, Madrid.
- (2005). *Días sin música*. Colección Universidad Popular José Hierro, Alcobendas.
- (2008). *Elegías y Meditaciones, antología*. Colección Baños del Carmen, Ediciones Vitrubio, Madrid. Segunda edición en 2017.
- (2009). *Daños colaterales*. Hiperión, Madrid.
- (2010). *El dardo en la llaga*. Colección Baños del Carmen, Ediciones Vitrubio, Madrid.
- (2014). *La Libertad del Desengaño*. Colección Olifante, Zaragoza.
- (2018). *Elegía mediterránea*. Libros sobre ruedas, Ediciones EMT, Málaga.
- (2019). *Solo queda una sombra*. Colección Signos, Ediciones Huerga y Fierro, Madrid.

Además, ha sido incluido en infinidad de Antologías poéticas y poemas suyos han sido traducidos al inglés, al sueco, al francés y al italiano. También ha publicado brillantes textos de prosa, biografías y ha cuidado de la edición de libros sobre autores como Pablo García Baena o Santa Teresa de Jesús.

## **ANTONIO J. QUESADA SÁNCHEZ**

es Profesor Titular de Derecho Civil en la Universidad de Málaga. Al margen de su actividad científica más canónica, trabaja en la conexión de los más diversos fenómenos culturales (cine, literatura, cómic, etc.) con el Derecho, ha publicado artículos científicos y monografías sobre el tema y dirige la Colección Cultura y Derecho en la Editorial Colex.

En la vertiente más estrictamente creativa, ha publicado una plaquette y varios libros de poesía (Finalista del Premio de la Crítica de Andalucía en los años 2007 y 2009), y varios libros de narrativa (Finalista del Premio de la Crítica de Andalucía en 2010). Ha obtenido diversos premios literarios y su obra está recogida en varias Antologías y obras colectivas.

<https://dialnet.unirioja.es/servlet/autor?codigo=260423>

<http://www.antoniojetaquesada.blogspot.com>

Esta edición digital de *Elegía y no* de J. Infante,  
número 4 de la Colección *palabrasdelparaÍso*,  
se terminó de diagramar en Málaga – España,  
en junio de 2023, por Javier Olveira,  
con la dirección y cuidado  
de Juvenal Soto



**Fundación Málaga**  
*más cultura*

Plaza de la Constitución, 2, 3º – 29005 Málaga  
*Presidente:* Juan Cobalea Ruiz  
*Coordinación:* Dánae Pérez Aguilera  
[www.fundacionmalaga.com](http://www.fundacionmalaga.com)

*Patronos*

---



Ayuntamiento  
de Málaga  
@malagaturconca



Diputación Provincial  
de Málaga



Promotores Constructores desde 1954



*Colaboradores*

---



Plaza de la Merced, 12, 2º – 29012 Málaga  
*Presidente de Honor:* Francisco Campos Espinosa  
*Fundador:* José Cobos Mena  
*Presidente:* Luis Merino Bayona  
[www.fundacionelpimpi.com](http://www.fundacionelpimpi.com)



Con la colaboración de

**SUR**



Fundación Málaga  
*más cultura*



FUN  
DA  
CIÓN  
Es.Pimipi

**SUR**